

XIII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Se acercaba el aniversario del 10 de Agosto.

¿Recuerdas, mi amado Jacobo, que ese mismo día llegaron á Argenton los terribles detalles de esa jornada, y que esa fecha es el aniversario de nuestra separacion?

Esa fecha podrá ser muy gloriosa para la revolucion, pero con seguridad ha sido fatal para mí...

Las noticias del exterior eran malas; los ingleses continuaban el sitio de Dunkerque, los ejércitos aliados marchaban sobre Paris, la fiesta se celebraria casi á la vista de los prusianos (1).

Con cuatro días de marchas forzadas hubieran podido asistir.

Las noticias del interior eran peores. Muerto Marat, habia sucedido *El Amigo del Pueblo* el periódico *El Padre Duchesne*, y como Hébert disponia del ministerio de la Guerra y del municipio, sacaba á manos llenas de ambas cajas, y si lo juzgaba necesario á sus intereses, á su odio ó á su amistad, tiraba seiscientos mil ejemplares de su periódico.

Todos los días estallaban incendios en los puertos, y esto se atribuía á los ingleses.

La Convencion habia declarado á Pitt el enemigo del género humano; en los clubs no se hablaba más que de matar.

Matar á la reina en la primera ocasion, matar á los girondinos

(1) En el momento que traducimos estas líneas se encuentran los prusianos casi á las puertas de Paris. Tercera invasion en un cortísimo espacio de tiempo.—(Nota de la traductora.)

en el primer capricho, matar la soberanía hasta en el pasado, porque se ordenó la destruccion del Panteon de San Dionisio.

Danton se extenuaba gritando:

—¡Cread un gobierno!

Efectivamente, nadie gobierna y todos matan.

Danton está sombrío, inquieto; conoce que no posee ya los medios de accion sobre el pueblo que en 92, porque el entusiasmo ha desaparecido; solo existe la abnegacion.

—Los hombres no bastan, dijo Danton; se necesitan soldados.

Los confederados del 93 nada tienen que ver, segun creo, con los voluntarios del 92; están pensativos, vestidos humildemente y darán su brazo y su vida, pero con indiferencia y tristemente, como hombres que cumplen un deber.

Ya no es la entusiasta *Marsellesa* la que les guía y les impulsa; es el *canto de partida* el que les conduce. La música de Méhul es realmente espléndida; hay en esa música algunos toques de trompeta que deben penetrar por la Europa entera.

Dicen que la Convencion ha gastado en la fiesta del 10 de Agosto doscientos mil francos.

Han abierto dos museos. Danton nos condujo á su mujer y á mí.

Uno es el del Louvre: la sociedad artistica en general ha contribuido á su instalacion; la escuela flamenca é italiana están dignamente representadas.

Danton, que en pintura es un juez excelente, me ha hecho el favor de sorprenderse con mis conocimientos en ese arte.

El otro museo es de los monumentos franceses, y es un tesoro admirable de arqueología.

Los conventos, las iglesias, los palacios han contribuido á poblarlo. David, el que ha ordenado la fiesta, el que hizo el retrato de Marat en el baño, es el que ha hecho esa gran cronología de la Francia por siglos, casi por reinados.

Esas estatuas de mármol, tendidas sobre sus tumbas con la doble rigidez de la muerte y del granito, presentan, desde la cruz de Dagoberto hasta los bajos relieves de Francisco I, la historia de doce siglos y hablan á la imaginacion con la voz de la ciencia.



Allí también, por el exacto conocimiento que tengo de los trajes, merecí los elogios de Danton.

Parece, querido de mi alma, que has hecho de mí una mujer más completa de lo que yo creía. La buena y graciosa esposa de Danton, que no sabe nada de eso y que nunca ha oído hablar de arte ni ciencias, está aun más asombrada que su marido.

Me contempla con admiración, lo que me hace ruborizar; pero me recuerda que es á tí á quien debo todo eso.

Esperaba ver en la fiesta alguna gigantesca efigie de Marat. Me equivocaba. Danton nos dijo que se había opuesto Robespierre.

Voy á describir la fiesta, según nos la refirió Danton.

Tal vez algún día leerás este manuscrito; entonces sabrás que no he estado un día ni un instante sin pensar en tí.

Para esa fiesta se hizo David historiador, arquitecto y autor dramático. Compuso una pieza en cinco actos de la revolución.

En la plaza de la Bastilla elevaron una estatua de la Naturaleza, algo parecida á Isis, arrojando el agua de la regeneración.

La Libertad, colosal estatua que hizo colocar en la plaza de la Revolución.

Y por último, un titán, el pueblo; Hércules derribando delante del palacio de los Inválidos al federalismo, bajo las facciones de la Discordia.

Para llegar á este último grupo es preciso pasar por debajo de un arco de triunfo que tenía todo el ancho del *boulevard* de Italia: después del grupo de los Inválidos se va al altar de la patria, situado en el centro del Campo de Marte.

En cada uno de estos puntos, designados como descanso, se detenía y cumplía su acto patriótico el cortejo, que había salido de la plaza de la Bastilla.

Danton se vió obligado á formar parte de la Convención, y nos puso á su esposa y á mí bajo la salvaguardia de Camilo Desmoulins y de Lucila.

Camilo Desmoulins, aunque miembro de la Convención, no tenía puesto fijo en estas fiestas. Curioso como un pilluelo de París, deseaba verlo todo para criticar todo.

Lucila reía como una loca con las chanzas de su marido: yo por mi parte confieso que aquel cuadro tenía algo de grandioso que me impresionaba muchísimo.

Hérault de Séchelles, como presidente de la Convención, iba á la cabeza del cortejo: si lo hubieran elegido por su belleza, no podían encontrar otra cosa mejor.

Es verdaderamente el hombre de las ceremonias nacionales, y yo me lo figuraba con la túnica griega ó la toga romana.

Subió sobre los escombros de la Bastilla, presentó una copa etrusca, la llenó de agua, la llevó á sus labios y la pasó á los ochenta y seis ancianos que representaban los departamentos, del que cada cual llevaba una bandera.

Bebían y decían después:

—Nos sentimos renacer con el género humano.

El cortejo bajó por el *boulevard*. La terrible sociedad de los jacobinos marchaba á la cabeza con su bandera, símbolo de su policía universal y mostrando en las nubes un ojo abierto.

Detrás de los jacobinos marchaba la Convención.

David, para simbolizar la fraternidad del pueblo con sus representantes, los había despojado de sus trajes y vestían como los demás que les habían elegido diputados, solo que estaban encerrados en una cinta tricolor, que llevaban los enviados de las asambleas primarias. Camilo no pudo menos de reírse.

—Ved, nos dijo; los jacobinos llevan á la Convención.

Los jueces revolucionarios ostentaban un penacho negro, indicio de su terrible misión de luto.

Con respecto á los demás, el municipio, los ministros, los obreros caminaban mezclados, solo que como título de la nobleza del trabajo llevaban los artesanos sus herramientas ó algo que indicara su oficio.

Los reyes de la fiesta eran los humildes y los desheredados de la sociedad. Los ciegos, los ancianos y los niños expósitos iban en carros.

A los más pequeños, que no podían sostenerse todavía, los conducían en las cunas.



Dos ancianos, un hombre y una mujer iban conducidos en una carreta, la que arrastraban sus cuatros hijos, como Cleobis y Biton.

Sobre otro carro se veía una urna, indicando que allí se encerraban las cenizas de los héroes.

Ocho caballos blancos con penachos rojos, y que sacudían la cabeza á cada toque de trompeta, conducían el carro.

Detrás iban los parientes de aquellos que habían sido muertos en aquella memorable jornada, con la frente coronada de flores y con la alegría reflejada en el rostro, indicando que no deben sentirse los que mueren por su patria.

Una carreta muy parecida á la del verdugo llevaba tronos, coronas y cetros.

La guillotina había desaparecido de la plaza de la Revolución. Al pié de la estatua de la Libertad, el presidente hizo arrojar las insignias de la monarquía, y el verdugo adelantándose les prendió fuego.

Al mismo tiempo les fué dada libertad á tres mil pajarillos, los cuales se lanzaron en el espacio extendiendo sus alas gozosamente y formando una alegre nube.

Dos palomas fueron á posarse en el regazo del vestido de la estatua de la Libertad.

El cadalso, colocado de nuevo en su puesto al día siguiente, las haría huir asustadas.

Desde la plaza de la Revolución se dirigieron al Campo de Marte: la estatua de Hércules, derribando al Federalismo, estaba colocada sobre una roca elevada, delante de la cual habían formado una plataforma. Todo el cortejo pasó por ella.

Al llegar los ochenta y seis ancianos entregaron al presidente la bandera que cada cual llevaba en la mano.

El presidente las unió todas con una cinta tricolor, proclamando de ese modo la alianza de los departamentos con la capital.

Las colocaron derechas frente al altar en donde humeaba el incienso y á la vista de todos.

Hérault de Séchelles leyó la aceptación de la nueva ley que proclamaba la igualdad.

Cuando dijo las últimas palabras retumbó el cañon.

Amado Jacobo, no soy más que una débil mujer, pero te juro que en aquel momento sentí tan ardiente y profundo entusiasmo, que las lágrimas se agolparon á mis ojos.

¡Ah! Si hubieras estado allí, si me hubiera encontrado apoyada en tu brazo, en lugar de estarlo del de un extraño, me hubiera arrojado en tus brazos y hubiera llorado de enternecimiento.

¡La república francesa fundada sobre la base de la igualdad!

El carro que llevaba la urna con las cenizas de las víctimas del 10 de Agosto se adelantó hasta el templo que se había levantado al extremo del Campo de Marte: allí tomaron la urna, la colocaron sobre el altar y todos se arrodillaron. El presidente besó la urna, y dijo en alta voz estas palabras:

—¡Sagradas cenizas, urna sagrada, os abrazo en nombre del pueblo!

Un hombre se acercó á Camilo Desmoulins, y le preguntó:

—Ciudadano, ¿puedes decirme por qué no veo aquí como en 1792 aquella espada de la justicia cubierta con crespones negros y conducida por hombres coronados de ciprés?

—Porque cuando la cuchilla cae por todas partes, no hay necesidad de mostrarla; contestó Camilo Desmoulins.

Olvidaba expresar que el arco de triunfo de los Italianos estaba consagrado, mi amado Jacobo, á las mujeres que obligaron el 5 y 6 de Octubre al rey y á la reina á regresar de Versalles.

He oido referir que esas heroínas eran buenas madres de familia, que, hambrientas y moribundas, habían dejado á sus hijos: hermosas y castas jóvenes, que al encontrarse frente á frente con el rey, no se atrevieron á decir una palabra; que desfallecieron delante de la reina, y no como las presenta el pintor, atrevidas y desvergonzadas.

Las mujeres del arco de triunfo son más hermosas incontestablemente, pero las otras eran más tiernas y atractivas.

Con las primeras sombras de la noche se disipó aquella multitud; unos tranquilos y serenos volvieron á Paris, y los otros, no menos apacibles é indiferentes, se sentaron sobre la yerba, ya un poco



marchita por los ardores del mes de Agosto, y disfrutaron la frugal comida que habian llevado.

Nosotros estábamos á mitad de camino de Sevres, á donde debia reunírse nos Danton. Camilo y Lucila comian con nosotros.

Tomamos un carruaje, y media hora despues llegamos á la casa de campo de Danton.

No tardó mucho el marido de Luisa en llegar, acompañado por un hombre á quien yo no conocia, pero que tú debes conocer: se llama Carnot.

Era un hombre pequeño de estatura, con calzon corto, peinado á lo Juan Jacobo Rousseau, y con un frac gris. Su aspecto era el de un jefe de ministerio. Contaban con él para hacer frente á los ingleses que sitiaban á Dunkerque y á los prusianos que han tomado Valenciennes, mejor dicho, que les han entregado.

Por su destino en el ministerio de la Guerra sabia todas las noticias, las que cada vez eran más deplorables. Danton tenia gran confianza en el, pero á mí me parece que Robespierre no le queria.

Era laborioso y trabajador obstinado, que pasaba su vida en ir de la calle de San Florentin á Tullerías, en donde buscaba las antigüedades. Cuando va al ejército se quita el frac gris y se pone en traje de general, y despues que gana una batalla regresa á Paris para continuar haciendo planos.

Lo que sobre todo causa inquietud es Valenciennes, por ser un foco de reaccion y fanatismo.

En tierra francesa se cantaba el *Salvum fac imperatorem*. Las mujeres lloraban de júbilo dando gracias á Dios: los emigrados tiraban sus espadas gritando:

—¡A Paris! ¡A Paris!

Me admiraba pensando que aquel hombre, que apenas contaba cinco piés y dos pulgadas, y que no bebia más que agua, iba á marchar para combatir con su frac gris al duque de York, hermano del rey de Inglaterra, que tenia seis piés de estatura y que bebia diez botellas despues de comer.

Segun decian, mejor le hubiera parecido estarse tranquilo en Valenciennes, porque no le agradaba molestarse; pero las señoras, que

estaban locas por él, y los emigrados, que le comparaban á Malborough, le atormentaron tanto, que al fin sacó su espada y dijo:

—*Or non, or never* ¡Ahora ó nunca!

Estas últimas noticias anunciaban que las avanzadas enemigas estaban en San Quintin.

Danton redactó un decreto de leva, que se encargó de presentar al dia siguiente el hombre del frac gris en la Convencion, y que me pareció una obra maestra.

«Todos los franceses quedan requeridos... los jóvenes, para ir al combate; los hombres casados, para fabricar armas y trasportar municiones; las mujeres, para hacer tiendas, vestidos y asistir en los hospitales; los niños, para hacer hilas; los ancianos animarán en los sitios públicos á los guerreros y les inspirarán el odio á los reyes y la unidad de la república.»

Desde el dia siguiente pensamos en empezar á cumplir con nuestra mision Luisa Danton y yo.